

ceres, los toros vencieron al socialismo, en batalla a la que no podemos negarle plenitud de originalidad e ingenio. Aunque los espíritus iban abriéndose a las innovaciones, estaba muy lejos aún el mundo de enconadas pasiones políticas, de lucha de clases, que habíamos de conocer la generación actual. En aquel mundo post-romántico, todo era suave, cortés, sencillo. La gracia de unos muchachos vencía a los líderes demagógicos, sin que ello tuviera más alcance que el momentáneo triunfo y los apacibles comentarios en las casas y en las tertulias del estanco de la Plaza, de la imprenta de don Luciano Jiménez y de «El Noticiero», en cada una de las cuales se departía cordialmente a diario, bajo las respectivas presidencias del anciano Conde de Canilleros, del prócer y bondadoso jefe del partido maurista, don Miguel Muñoz Mayoralgo, y de los letrados directivos del grupo liberal, los hermanos don Joaquín y don Juan Muñoz Chaves.

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

SUSCRÍBASE USTED

a la *COLECCION DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS*, de la que han aparecido, hasta ahora, los volúmenes siguientes:

- 1.—*Don Gutierre de Sotomayor, Maestre de Alcántara, (1400-1453)*, por Miguel Muñoz de San Pedro.
- 2.—*La vida en Cáceres en los siglos XIII y XVI al XVIII*, por Miguel A. Orti Belmonte.
- 3.—*Desde la lejanía (Poemas)*, por Alfonso Albalá Cortijo.
- 4 y 5.—*Historia del culto y Santuario de Nuestra Señora de la Montaña, Patrona de Cáceres*, por Miguel A. Orti Belmonte.
- 6.—*Para una interpretación extremeña de Donoso Cortés*, por Francisco Elías de Tejada.
- 7.—*Extremadura y el franciscanismo en el siglo XVI*, por José Luis Cotallo, y
- 8.—*Tres escritores extremeños (Micael de Carvajal, José Cascales Muñoz, José López Prudencio)*, por Francisco Elías de Tejada.

ARCO IRIS GUADALUPANO

«E hicieron Colón y todos votos y promesas a María Santísima y a alguna santa de devoción española por si se apiadaban de ellos y los sacaban en bien del hórrido trance. Se echó un romero que había de ir a Santa María de Guadalupe y llevar un cirio de cinco libras de cera, y la suerte designó al mismo Colón para que fuera tal romero».

Ya desde aquel momento, en sazón de tempestad y en trance de agonía, quedaba solicitado el patronato de la Virgen de Guadalupe para toda la empresa de España en Indias, para que, bajo su manto, fueran protegidos los pueblos que habían de surgir, con palpitaciones vírgenes e inaugurales, a todo lo largo y lo ancho de la nueva tierra que aguardaba un nuevo Jordán de gracia que la fecundase. Y Santa María de Guadalupe no desamparó a los que así se volvieron a Ella. A sus pies vinieron con Colón los primeros indios que iban a recibir las aguas lustrales de la fé en su monasterio en un acto simbólico de acatamiento y gratitud.

Y a sus piés habían de venir a postrarse todos los conquistadores extremeños, esa docena de nombres que encierran en sí la geografía entera, hecha gloriosa, militar y culta a sus pasos, de todo un continente. Y aquí habían de volver para ofrecer novenas y cumplir promesas aquellos capitanes cuyo genio pasmó a los historiadores de la táctica.

Porque, gracias a Dios, cada afán español ha estado presidido por una advocación mariana. Desde Covadonga que preside la Reconquista, hasta la Virgen del Pilar a la que vuelven los ojos nuestros abuelos para sacudir la garra napoleónica, pasando por Monserrat en la expansión mediterránea y Guadalupe en la atlántica, todos los pasos españoles han sido guiados por el rastro luminoso de Santa María. Había de corresponder a la advocación de Guadalupe la ecumenicidad de España. Ya su imagen había sido peregrina ecuménica de Bizancio a Roma, y de Roma en manos de San Leandro a Sevilla, y de Sevilla a estos montes Mariánicos o Marianos donde se oculta seis siglos, para volver a surgir a tiempo de presidir la milagrosa batalla del Estrecho, la gran victoria del Salado, que abrió el seno tartesiano a la inquietud atlántica de los españoles, señalando una ruta de gloria evangélica más allá de los mares.

Dicen que al principio la imagen de Santa María de Guadalupe, como todas las imágenes bizantinas, figuraba sedente. Pero que luego, la gente extremeña por añadirle exornos fervorosos desbastó el respaldo y colocó sobre sus hombros un manto donde poder cuajar en aljófares las riquezas de sus ofrecimientos. Yo más bien creo que

entre estas gentes, la Virgen, eterna peregrina, se echó a andar y abandonó su trono para mejor conducirles. Y allá fué sobre el Atlántico, como mil años antes sobre el Mediterráneo, en los corazones inflamados de ardor apostólico, de los descubridores y conquistadores españoles. Ella hizo el milagro. De sobra lo sabían nuestros pilotos cuando calmábanse las tempestades a su invocación. Y nuestros soldados cuando en la Noche Triste sentían serenarse los angustiados corazones al descansarlos en la oración a Ella.

Hay un claustro en el Monasterio, — primor de la arquitectura mudéjar, — donde en cuadros de ingenua factura se pintan los milagros de Santa María de Guadalupe. Es el Claustro de los Milagros. No ha sido posible, no sería posible, describir este milagro mayúsculo de la Conquista. Pero ahí lo tenéis; no en la Historia, sino en la Vida: esos veinte pueblos que rezan a la Madre de Dios y toda esa letanía geográfica que están cantando las cartas de todas las latitudes, bautizadas con nombres que proclaman el más completo santoral y el más exaltado deliquio de amor a Cristo de las gentes españolas que fueron creando la geografía americana.

* * *

Así en una mañana de Mayo, como copia y resumen de todo el milagro, ha entrado por las puertas del Monasterio la representación auténtica de la América española: la imagen de la Virgen de Guadalupe de Méjico. No podían los pueblos hispanoamericanos rendir mejor bandera, acreditarse con mejor embajada que con esta salutación de la Virgen del Tepeyac a la Morenita de las Villuercas. Ni podía mejor expresarse todo el milagro creador de nuestra Virgen que con la presencia en Su casa de la Aparecida en Méjico. Obra del cielo fué toda la Conquista. Se sembraban huesos, se plantaban cruces; y granaban espigas de fieles, y florecían rosas. Rosas que en la tilma de Juan Diego habían de imprimir la imagen de Santa María. ¿Qué mejor fé de la cosecha había de tener la Virgen sembradora?

Frente al trono de la Virgen de Guadalupe figuraba ya una imagen de la Inmaculada Concepción, presidiendo el coro desde 1499. Todavía está allí algo maltratada en su estética, en su pura belleza gótica, por el celo agobiante de Churriguera. Cuando entraba la imagen de Santa María del Tepeyac en el templo se advertía claramente el parecido de las dos imágenes y recordábamos la descripción del P. San José en su «Historia Universal del Monasterio de Guadalupe» (Madrid, 1743) en el capítulo que lleva por sumario: «Del sitio en que se apareció la Santísima Virgen y cómo se estampó en Imagen parecida a la que se venera en el Coro de Nuestra Señora de Guadalupe, de que se hace descripción para que conste de su verdad».

Hasta un punto tal era patente la semejanza que a la Concepción

del Coro se le llamaba Nuestra Señora de Méjico, y hasta compuso un ignorado cantor del siglo XVIII el siguiente epigrama:

Ylla Novae Hesperiae Urbs, illius quae est Caput Orbis,
Guadalupanae almam continet effigiem.
¿Archetypon quae is, vivum ve Exemplar in illa?
Haec tibi demonstrat sculpta Tabella suum. (1)

(Estos versos inadecuadamente dedicados antes, ya pueden hoy figurar en una cartela a los pies de la vera efigie de Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico).

En su presencia, con el P. San José conveníamos en que también, así como el nombre de Guadalupe «quiso la Madre de Dios sacase de este Santuario en todo la semejanza: la estatura, el talle, la forma, color y adorno». Porque tenía que ser tan inmediata, tan fraterna la relación de España con sus hijas que el Cielo había de confirmar con sucesos milagrosos esta unión, dejando como pilares de un magno puente, dos parejos Guadalupes en las Villuercas y en el Tepeyac, sustentando un solo arco que por los siglos había de estar disparando hacia lo alto ardidamente las oraciones de la gente hispánica en un solo verbo.

También en esa mañana de Mayo, en esa mañana lluviosa en que a través del plomo de las nubes el sol quiso sonreír a la Viajera americana cuando llegaba al solar de la raza, podíamos adivinar cómo desde las Villuercas arrancaba luminosamente este arco, alianza de Dios, iris de paz, fundiendo en sus colores las banderas de Méjico y España. Y quisimos entender que cabalgaba sobre el Atlántico para ir a reposar en el Tepeyac, hecho luz pura.

Y luego cuando las muchachas extremeñas, ataviadas donosamente con los trajes de la región, depositaban a los pies de la imagen viajera las brazadas aromosas de florecillas de nuestro campo, sentíamos que dulcemente inundaba nuestros corazones el suco de las flores y en ellos iba imprimiendo, como en la pobre tilma del indio, la figura de Santa María. Subían las volutas de incienso por las anchas bóvedas de la basilica. En el coro fraterno que cantaba la Salve se quebraba un temblor de conmovida aleluya.

JULIO CIENFUEGOS LINARES



(1) Traduce el P. Juan B. Yuste: En aquella ciudad de Nueva España, —aquella que es la principal del Orbe— Se conserva la efigie venerada. —¿El modelo exacto y arquetipo de ella?— Te lo muestra esta tabla cincelada. (P. Villacampa: «Grandezas de Guadalupe», Madrid, 1924).